

Dilemas políticos sobre los movimientos sociales El accionar colectivo de los sectores populares en el Chile de los años ochenta¹

RAÚL ZAMORANO FARIÁS*

Resumen: Este trabajo aborda el análisis teórico de las formas en que la teoría social conceptualizó el accionar colectivo de los sectores populares y el impacto que dichas lecturas tuvieron en el proceso político de la transición a la democracia durante los años ochenta y principios de los noventa en Santiago de Chile. A partir de la revisión de los dos grandes paradigmas elaborados para explicar el tipo y características de los nuevos movimientos sociales: el orientado a la movilización de recursos y el otro hacia la identidad se reconstruye el escenario y la discusión teórica que acompaña la aparición de los llamados Nuevos Movimientos Sociales (NMS) en América Latina en general, y en Chile, en particular.

Abstract: This study contains a theoretical analysis of the ways in which social theory conceptualized the collective action of popular sectors and the impact of these interpretations on the political process of the transition to democracy during the 1980s and the early 1990s in Santiago, Chile. A review of the two major paradigms to explain the type and characteristics of the new social movements; one aimed at the mobilization of resources, the other oriented towards identity, permits the reconstruction of the scenario and the theoretical discussion accompanying the emergence of the so-called New Social Movements (NMS) in Latin America in general and Chile in particular.

Palabras clave: Movimientos sociales, sectores populares, teoría social, movilización de recursos, identidad.

Key words: Social movements, popular sectors, social theory, resource mobilization, identity.

DURANTE LOS AÑOS OCHENTA Y PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA en los distintos países de América Latina se han llevado a cabo diversos procesos de “transición”, “institucionalización” y “redemocratización” político-social (Barba, Barros Horcasitas, Hurtado, 1991) aparejados a profundos cambios en las formas de organización social, económica, cultural y territorial (Beck, 1998; Touraine, 1995; Moulian, 1997).

En dichos procesos la orientación simbólica (de la clase política en el poder y de sus *intelectuales orgánicos*) parece estar signada por el énfasis e imposición de un discurso homogeneizante y normativo que termina por sofocar la emergente irrupción de la

¹ Este trabajo forma parte de la investigación conducente al grado de maestro en Ciencias Sociales que el autor desarrolló durante sus estudios en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México: *La acción colectiva popular en el proceso de transición democrática, Santiago de Chile: 1988 - 1992*, Flacso, México, 1998.

* Dirigir correspondencia al Centro Studi sul Rischio, Università degli Studi di Lecce, Ecotekne-Via per Montessori, 73100 Lecce, Italia. Tel. 0039-0832-3247-54, fax: 0039-0832-324321, e-mail: rzamoran@yahoo.com

diversidad y de las diferentes manifestaciones sociopolíticas que habían cobrado relevancia en la década anterior (acciones colectivas, defensivas y reivindicativas, particularmente en contra de las dictaduras militares).

Redemocratizaciones y procesos de *transiciones modernizantes* (Brunner, 1993) cuyas dirigencias políticas tienden cada vez más a privilegiar las relaciones con los empresarios que con la gente común, propiciando o consolidando, en algunos casos, un particular tipo de democracia restringida o protegida.²

Democracia que a la manera chilena, con un Estado que se ha privatizado privatizando la política (Marras, 1998, Moulian, 1997),³ ajusta la participación y la movilización social a las condiciones de reproducción del sistema económico que exige mercados abiertos y nuevas aptitudes de “eficiencia y eficacia” de la fuerza de trabajo para su cabal integración al proceso de globalización.⁴

Es en este nuevo contexto “democrático” en el cual la acción colectiva, especialmente de los sectores populares, viene a representar más bien una debilidad que una fortaleza para el actual panorama teórico-político y social, desde donde se transita, al parecer, cada día más de prisa hacia una sociedad centrada en individuos o grupos aislados en un intento de particularizar cada vez más la relación sociedad-Estado bajo la óptica de los individuos y de sus acciones particulares. No obstante, en los estudios precedentes durante la década de los ochenta, el análisis e interés sobre las formas del accionar popular y su impacto fue profuso y significativo.

En efecto, al revisar la producción de la teoría social chilena elaborada para explicar la emergencia de nuevas formas de acción colectiva en los años ochenta podemos distinguir, por un lado, una teorización sociológica cuyo horizonte pareciera limitar con el tiempo de lo sincrónico. Una teoría a través de la cual se quiere terminar de

² Desde los años setenta y producto de la llamada *tercera ola democratizadora*, es decir, de los dinámicos procesos de cambio político, se ha generado una abundante producción intelectual tratando de analizar las particularidades y los rasgos generales de los principales movimientos de democratización en su contexto particular. Este fenómeno, conceptualizado bajo el rótulo de *procesos de transición* ha llamado la atención teórica multidisciplinaria de los investigadores en las ciencias sociales y se ha convertido en el tema predilecto de los sociólogos y científicos políticos durante las tres últimas décadas.

³ Teorías y teóricos que al abandonar su “compromiso militante” se transformaran en portadores de un saber rentable y de mercado encargado de construir el discurso legitimador de estas nuevas normalizaciones económicas, del elitismo político y del consenso “comunicativo” de las “modernas” transiciones liberales y de mercado. Al respecto, resultaría interesantísimo —como programa de investigación— el estudio de la construcción de legitimación, primero de la dictadura militar y luego de la *transición democrática (modernización militar*, J. J. Brunner; *éxito del modelo económico*: Eugenio Tironi y, *la Constituyente [legalidad] del régimen*, Manuel A. Garretón), elaborada por los científicos, principalmente los de la “renovada izquierda” chilena.

⁴ Algunos científicos sociales insisten en señalar que se está produciendo, en la era de las postdictaduras latinoamericanas, un cambio en la matriz social significativo. Señala Guillermo Campero que en Chile se estaría viviendo un interesante proceso de mutación cultural; un desplazamiento desde una visión de la sociedad, del Estado y de la política que estuvo dominada por lo que la tradición politológica denomina el eje de la igualdad hacia una cultura que se ordena en torno al eje de la libertad individual (cultura anglosajona). Una mutación cultural donde estos dos polos, igualdad y libertad, están articulándose de una manera bastante compleja y difícil. *Cfr. Entrevista a Guillermo Campero*, Santiago, Chile, 1997. En adelante GP.

decir si se está frente a una realidad que puede ser conceptualizada como *movimiento social* o no (A. Touraine, *movimiento histórico*; M. A. Garretón, *transición invisible*; E. Tironi, *obreros sin industria*; G. Campero, *protestas populares*).

Y, por otro, encontramos algunos desarrollos teóricos que trabajando en la perspectiva de la investigación-acción intentaron, al menos, registrar y acompañar el desarrollo de las nuevas acciones colectivas de carácter popular. Acompañamiento práctico, orientado y vinculado a los problemas que vivían los “nuevos movimientos sociales” en los ochenta. Un ejemplo de esta perspectiva es la propuesta historiográfica realizada por el historiador chileno Gabriel Salazar, quien se esfuerza por demostrar que en los sectores populares, especialmente en los pobladores, existe una capacidad histórica no desplegada aún para cambiar la sociedad *desde abajo*, donde la historia, transformada en la “ciencia popular”, debe ir desarrollando y explicitando ese accionar histórico popular.

Recordemos que el régimen militar chileno no sólo constituyó una desarticulación del mundo político y de los *movimientos sociales tradicionales* (*obreros, campesinos y estudiantiles*), sino que además vino a provocar una fractura en la sociabilidad y en la sociedad al introducir profundos cambios en la estructura de clases y en el sistema político. Estos cambios estructurales han sido producto de una *revolución capitalista* según lo ha expuesto recientemente Tomás Moulian (1997) que, por un lado, genera la creciente disminución del peso social de la clase trabajadora (desindustrialización y terciarización de la economía), un significativo aumento de sectores excluidos (desempleo, economía informal precariedad en la vinculación al mercado laboral), la fragmentación y depauperación de las capas medias y un permanente intento por eliminar o anular al actor colectivo; por el otro, la desarticulación del sistema político, el cual había operado oficialmente e históricamente como sistema de representación y canalización de las demandas de la sociedad civil.

Por ello, al establecer una comparación histórica entre las causas y motivaciones que generan la acción colectiva de los sectores populares que no eran obreros antes de 1973 y las *nuevas* formas que emergen durante la dictadura, es posible observar que en las anteriores se trataba generalmente de conflictos económicos y sociales que estaban fuera de la esfera de la producción. Es decir, conflictos que se ubicaban en la esfera de la reproducción social, cuyo accionar resolutivo se orientaba a la permanente búsqueda de integración social, vía interlocución con el sector público: el Estado. En cambio, el tipo de manifestaciones colectivas que emergen en los años ochenta son formas de acción que se ubican también en la esfera de la reproducción social, pero ya no se orientan hacia el Estado sino *hacia adentro*, es decir, hacia la propia comunidad en forma privada.

De ahí que la emergencia y el desarrollo de la acción colectiva popular chilena durante los años ochenta, mirada desde el punto de vista histórico, representa una ruptura con el patrón histórico anterior en donde la constitución de movimientos populares estuvo, sobre todo entre los años treinta y setenta, fuertemente vinculada y dependiente de la acción partidaria y de la organización obrera.

Lo novedoso de los años ochenta es el surgimiento de una acción colectiva más autónoma y no heterónoma respecto de los partidos políticos y el movimiento obrero organizado, el cual funcionaba como representante de los sectores populares. Sin embargo, la constitución de esta “nueva” acción colectiva popular es un proceso complejo, no decantado por completo, y que evidentemente —como veremos— queda a mitad de camino respecto de lo que vendrá después de la transición.

Circunscrito a estos temas, centraremos nuestro interés en discutir y problematizar las conceptualizaciones que la teoría social chilena desarrolló en torno a las formas en que se estructura la acción colectiva popular y sus relaciones con los partidos políticos, tras la rearticulación de éstos a principios de los años ochenta, y en el escenario de la transición a la democracia.

ACCIONAR COLECTIVO POPULAR Y VÉRTIGO POLÍTICO

Al establecer el papel que tuvieron las acciones colectivas y movilizaciones sociales de carácter popular durante la década de los ochenta (*nuevos movimientos sociales, movilizaciones sociales, movimientos de protesta, acciones expresivas, de defensa*) en el proceso de institucionalización del régimen militar y de transición democrática en Chile,⁵ la discusión teórica ha girado principalmente, como señalamos, sobre dos ejes.

Por un lado, una matriz que parte del análisis de acciones aisladas de descontento (como redes inorgánicas e informales de interacción que no logran construir un proyecto) la cual termina inscribiéndose, generalmente, en los postulados touraineanos. De ahí que para el sociólogo francés Alain Touraine en Chile “no hubo, no hay, no habrá movimiento urbano popular”, pues no habría habido una construcción de proyecto histórico y de identidad colectiva desde lo popular para constituir este tipo de manifestaciones sociales, sino más bien habrían sido acciones populares de carácter expresivo y de protesta.⁶

En igual dirección, los discípulos del francés en Chile (Eugenio Tironi, Manuel A. Garretón, Guillermo Campero) han conceptualizado la acción colectiva del periodo, sea como *movilizaciones sociales* (Campero, 1986), como *acciones defensivas* que no logran articularse en un proyecto, ni están en condiciones *estratégicas* de entrar en disputa dentro del *sistema de acción histórica*—la totalidad— (acciones que conforman la *transi-*

⁵ Para efectos de orden práctico se considerará el “*periodo de transición*” como la etapa que media entre el plebiscito de 1988 y los dos primeros años del gobierno del demócrata cristiano Patricio Aylwin. *Transición* como el proceso por el cual se intenta determinar y legitimar un orden alternativo al existente, donde no ocurre una ruptura radical entre dictadura y democracia sino más bien una situación de pacto y consenso político. Véase Lechner, 1995; Garretón, 1984, 1980 y 1987; Moulian, 1997.

⁶ Touraine, Alain. “La Centralidad de los Marginales”, *Revista Proposiciones 14*, *op. cit.*, p. 217. Tras está categórica afirmación el francés sostiene que sin embargo podemos hablar de que se constituye un “movimiento histórico”, *passim*.

ción invisible, Garretón: 1987),⁷ o siguiendo a Eugenio Tironi, como acciones de los pobladores, las cuales constituirían

[...] un foco de demandas económico-sociales que pueden arrastrar en cualquier momento a estallidos de violencia [generando una situación] doblemente disfuncional: por una parte, la “violencia de los pobladores” estimula en la sociedad las demandas autoritarias, lo que bloquea a la transición; y de otra parte está la posibilidad de que ella se haga incontenible con el fin del autoritarismo, lo que va en contra de la consolidación del nuevo régimen democrático (Tironi, 1987).

Podemos observar cómo en este tipo de análisis el peso del elemento *estratégico-racional* (político) y de *movilización de recursos* ha desempeñado un papel central, pero sin lograr dar cuenta bajo qué condiciones es posible separar en las manifestaciones de protesta, por ejemplo, el conjunto de estrategias y tácticas para oponerse al régimen y el conjunto de elementos simbólicos y culturales que cohesionan y dan sentido a la acción y al grupo. Es decir, aquí la acción colectiva que no se *politiza*, pareciera no existir. (Precisamente en este sentido apuntan las críticas de Gabriel Salazar.)

El segundo eje de análisis de la acción colectiva está representado por algunos teóricos chilenos, influenciados por los postulados de la escuela de Birmingham⁸ y del historiador inglés Edward P. Thompson (Gabriel Salazar, Mario Garcés). Ellos sostienen que en Chile emergieron manifestaciones sociales que se inscriben en el campo conceptual de los llamados *nuevos movimientos sociales*, centrados en elementos de carácter identitario. Nuevos movimientos como el de pobladores, mujeres y jóvenes que construyen procesos de identidad y coordinación horizontal, fuera de las tradicionales relaciones de producción, relevando así la importancia de la vida barrial y comunitaria y cuya capacidad estaría fundada, precisamente, en la *experiencia* y en la *vida cotidiana*: elementos que posibilitarán generar identidad y un proyecto alternativo de cambio social. Aquí habría que situar a los movimientos sociales en relación con las

[...] capacidades desplegadas desde la sociedad civil para construir sociedad. En este último sentido, los movimientos sociales estarían dando cuenta de una diversidad de

⁷ *Transiciones invisibles*. fenómeno de redemocratización de la sociedad en términos de recomposición y reorganización de sujetos y actores sociales, que se distingue de la transición política a la democracia (por arriba) que se mide en términos de mecanismos y plazos. Garretón, 1987; Tironi, 1987 y 1989. Es Tomás Moulián quien se aleja un tanto de esta perspectiva y señala que hasta el año 1983 se podría hablar de una suerte de manifestaciones populares, donde, según él, hubo construcción de identidad y autonomía (movimiento social), al menos en la creación, en las manifestaciones de protesta y en la posibilidad de articular y manifestar de diferentes maneras un tipo de acción colectiva contra el régimen. Sin embargo, posteriormente el peso de la institucionalidad histórica hace que éstos sean integrados o absorbidos por los partidos políticos emergentes en el momento de la apertura de 1983. *Comunicación personal*, agosto de 1997.

⁸ La escuela de Birmingham propuso redefinir las formas en que se había pensado la relación entre superestructura y base en el marxismo tradicional (E. P. Thompson, Raymond Williams), para entender cómo se constituía a través de la cultura un sujeto colectivo consciente de sí mismo y de su historia. Es decir, como señala Williams, el estudio de los sistemas de significación que producen y mantienen subjetividades y valores (*cultural materialism*).

proyectos e identidades sociales que producían cambios en la sociabilidad chilena, sin pasar necesariamente por la politización (Garcés, 1997 y 1987).

No obstante, desde esta perspectiva, el problema práctico que enfrentaron los actores es cómo hacer plausible este proyecto sin contemplar los elementos estratégicos organizativos de la acción y los efectos de las relaciones de poder político y económico dentro del sistema y en el proceso.

A nuestro juicio, ambos enfoques en su pretensión *vertiginosa*⁹ tienden a minimizar las acciones colectivas sin poder superar analíticamente, por un lado, los aspectos político-instrumentales y, por otro, los aspectos expresivos de la acción social, terminando por agotarse en sí mismos y en la parcialidad de sus propuestas. Por lo tanto, para aproximar una propuesta analítica de las acciones colectivas populares chilenas en el periodo, nos parece pertinente *i)* examinar y contextualizar el escenario en que surge este tipo de manifestaciones, *ii)* revisar los principales paradigmas teórico-metodológicos que desde la teoría social intentan explicar este tipo de acción colectiva, e *iii)* identificar las lógicas de acción que subyacen a ésta.

El viejo problema de la coordinación social

En el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales, la sociología se ha aproximado desde diversas perspectivas y enfoques teóricos, enfatizando y destacando distintos aspectos del proceso y de su desarrollo (*estructural funcionalismo*: Parsons, *accionalismo*: Weber, *elección racional* (rational choice): Olson, Elster, etcétera.)

Desde los umbrales de constitución de las sociedades capitalistas, las preocupaciones de la filosofía social y de las ciencias sociales se enfocaron a analizar la desintegración del *Ancien régime*. Una fuerte atención se centró en los fenómenos de comunidad que algunos contraponen a sociedad (Tönnies), a las formas de institucionalización de la autoridad, a la secularización de la sociedad en contraposición a lo sagrado, tan ligado al mundo medieval, a los nuevos *status* centrados en el logro personal más que en la adscripción así como a las formas de alienación y burocratización de la sociedad que emerge (Marx, Weber).

El tema sustantivo era *¿cómo asegura la sociedad su unidad?, ¿cómo, a pesar de los cambios, se garantizaba la integración social?*¹⁰ *¿Cómo la sociedad a través de la institucionalización del poder y la autoridad, ejerce control social para mantener un orden social?* y *¿cómo de la conducta individual deviene la acción colectiva?* Es en este campo donde se expresarán diferentes maneras de aproximarse, de leer o de interpretar la realidad social.

Históricamente, la primera aproximación se acerca a una explicación desde el orden social cuya legitimidad se constituye a partir de *consensos*. El orden social se funda

⁹ Para Pereda un "vértigo argumental" es "cuando quien argumenta constantemente prolonga, confirma e inmuniza al punto de vista ya adoptado en la discusión, sin preocuparse de las posibles opciones a ese punto de vista y hasta prohibiéndolas, y todo de manera general, no intencional". (Pereda, 1994:9, *passim*).

¹⁰ ¿Cuál es el *cemento de la sociedad?* se preguntaría Elster.

y fundamenta en la necesidad reconocida de todos de someterse coactivamente a normas, reglas y leyes para que la sociedad funcione y no sea una selva hobbesiana. El orden social es asegurado en la medida que cada persona interioriza valores y normas, y se somete al control normativo de todos. De este modo, cada uno sabe que en la búsqueda de su interés está el interés de ser razonable, de aceptar el compromiso, de respetar reglas (Durkheim) de competencia y de someterse a leyes (*atarse como lo haría Ulises*. Elster, 1991). Aquí se manifiestan dos matices, unos considerarán el orden social como consenso sobre valores compartidos y sobre la necesidad de un control social normativo; mientras que otros ponderan el consenso como necesidad de compromiso y de control a fin de imponer reglas a la competencia de intereses.

Frente a la visión que legitima el orden como necesario, surge una visión que lo comprende como resultado del control de uno sobre todos, como producto de dominación social. Esta visión argumenta que aquellos que poseen los recursos materiales son capaces a partir de dicha apropiación de ejercer dominio sobre aquellos que no los poseen. Éstos, al participar por medio del trabajo en la creación de bienes sociales pero al no ser propietarios se alienan como sujetos (Marx).

En la actualidad, la preocupación por el orden, por el accionar individual y colectivo, por “el cemento de la sociedad” ha ido derivando en la pretensión de instalar un discurso teórico que intenta explicar la interacción, la cohesión social y la conducta humana desde una óptica economicista de maximización y optimización de las utilidades. Con el predominio de las teorías económicas por sobre la teoría política en la acción social, el sujeto histórico de ilustración, de ser social deviene en el *homo economicus*¹¹ e hiperracional objetivado por los economistas y realistas políticos.

En esta dirección el *individualismo metodológico*, en su aproximación al estudio de la realidad social, ha propuesto tomar como unidades básicas de análisis a los individuos y sus orientaciones, es decir, la *agencia*, sobre cuya base se puede llegar a agregados institucionales que son capaces, finalmente, de desarrollar lógicas supraindividuales, constituyéndose, como señala Elster, en límites de la acción. Dentro de esta perspectiva, el enfoque accionalista otorga y privilegia la capacidad del actor para interpretar su propia situación estructural y actuar de acuerdo a ello, capacidad que le permite transformar o modelar las estructuras.

En esta aproximación al fenómeno de la acción colectiva se apela al planteamiento del análisis estratégico como modelo para su estudio, como ha sido expuesto principalmente en las obras de M. Olson, M. Crozier, J. Jenkins, J. Elster, A. Hirschman y C. Tilly, entre otros. Es decir, el interés se enfoca hacia las formas de organización y movilización de ciertos sectores y grupos de la comunidad, pero no tiene presente la preocupación explicativa por el origen ni por los mecanismos que mueven a esa asociación. De ahí que algunas propuestas teórico-metodológicas, como el marxismo analítico (Jon Elster) o la racionalidad limitada (Amartya Sen, Herbert Simon) postu-

¹¹ “[...] los individuos son modelados para comportarse de tal manera que maximizan utilidades subjetivas ante las restricciones que enfrentan [...]” Buchanan, 1989.

len, al abordar el estudio de los movimientos sociales, incorporar plenamente a la dimensión individual y la racionalidad los elementos culturales que condicionan dicha acción.

Por otro lado, el colectivismo metodológico asume, genéricamente, que habría entidades que están por sobre el individuo y que son centrales al momento de explicar los fenómenos sociales —*la estructura*—,¹² de tal manera que en el contexto de la vida social no habría acción, sólo conductas impulsadas por las expectativas o la necesidad. En esta lógica, los hombres sólo actúan un papel sin aparecer como dueños de su destino o de su historia.¹³

Acción colectiva y movimiento social

En la década de los setenta y producto de la emergencia de diversas reacciones sociales frente a los procesos históricos mundiales de la época de postguerra, especialmente en los años sesenta, que van a poner en evidencia la crisis de la representación política, la fragmentación de la sociedad civil, el agotamiento del discurso de la modernidad, la *sobrecondificación del capitalismo* (Guattari, 1989) y la *protesta contra los movimientos antisistémicos de la "vieja izquierda"*, etc. (Wallerstein, 1990),¹⁴ este tipo de manifestaciones será conceptualizado por la teoría sociológica bajo el rotulo de *nuevos movimientos sociales*.

Dicho enfoque viene a poner de manifiesto, sustantivamente, las dimensiones estratégicas, culturales y sociales de un tipo específico de acción colectiva que evidentemente desborda los enfoques teóricos del momento. La idea central sostiene que en las sociedades *post-industriales* la acción colectiva ya no es determinada exclusivamente

¹² Para el estructural funcionalismo, es el sistema social el que posibilita cualquier explicación, mientras que para el marxismo estructural es en la estructura de clases donde debemos buscar las explicaciones.

¹³ Frente a dichas concepciones teóricas y en un intento por superar esta dicotomía, Anthony Giddens, por medio de la Teoría de la estructuración, se distancia de estos postulados. Para Giddens, al no haber primacía ni de lo objetivo ni de lo subjetivo en el campo de estudio de las Ciencias Sociales, no corresponde considerar ni al actor ni a la estructura separadamente. Las potencialidades constitutivas de la vida social son concebidas como capacidades humanas genéricas y como procesos y propiedades ligadas a las condiciones objetivas. Esta ontología de posibilidades existiría en el actor y en las condiciones objetivas, los dos tipos de potencialidades se activan y se realizan de múltiples maneras en un contexto y espacio diferentes. De esta manera, a las ciencias sociales les corresponde integrar lo individual y lo colectivo. El eje de esta relación está conformado por las prácticas sociales ordenadas en el tiempo y en el espacio (Giddens, 1995). Además, desde finales de los años sesenta, se da una creciente adscripción al modelo orientado a hacia la identidad (Melucci, Pizzorno, Evers), que pone el énfasis en las nociones de sujeto, identidad y vida cotidiana, y que viene a constituirse como una ruptura con la tradición estructuralista y clasista que privilegia la lógica de entidades supraindividuales por sobre el componente accionista.

¹⁴ Contexto de emergencia de la diversidad, de *crisis de la llamada modernidad* (que carcome sus propios cimientos, que tiende a nuevos parámetros negándose a sí misma, como señala Hopenhayn), de *desarrollo de procesos de postmodernidad* (Lyotard) - *postindustrialización* (Touraine, Bell), en que no se sabe hacia dónde se va, pero donde si es clara la *emergencia de nuevos movimientos sociales*, en una *cartografía* en que se multiplican "subculturas" y espacios que van minando principios universales que servían de base de *identificación social* (Lechner) en que el pueblo, sujeto teórico de la democracia, se

por las relaciones de producción ni por las *condiciones objetivas* o por los efectos generados a raíz de los cambios estructurales. Se sostiene, por lo tanto, genéricamente, que los actores sociales ya no responderían a los “gastados” criterios funcionalistas y marxistas.

Así, para María Luisa Tarrés (1992), la teorización sobre los movimientos sociales va a surgir como respuesta al desencanto con las teorías estructuralistas y frente a la incapacidad explicativa del marxismo, que no logran dar cuenta de la reinterpretación normativa y valórica que realizan los nuevos movimientos sociales (NMS) y que escapa a los límites de la acción política al redefinir los espacios públicos y privados con demandas de democratización de la vida social.

En América Latina a fines de la década de los años setenta, y fundamentalmente a principios de los ochenta, el fenómeno de los NMS tiende a aparecer conceptualizado bajo las mismas dimensiones y categorías heurísticas.¹⁵

Recordemos que en nuestro continente para los análisis de la tradición sociológica accionalista los movimientos sociales de corte popular habían ocupado un lugar irrelevante en los *sistemas de acción histórica* o sólo se consideraban en tanto una masa anómica, *amorfa y manipulable* (marginales), controlada por el partido, el sindicato, el cacique o caudillo local, como señala Agustín Cueva.

Ante estos procesos de movilización y reestructuración social que convulsionaron al mundo y a Latinoamérica durante la década de los sesenta y frente al surgimiento en la escena sociopolítica de *nuevas* formas de acción colectiva lideradas por mujeres, pobladores y jóvenes, a nivel local y comunal, y sin una clara ubicación en las *estructuras de clases* es que se puso en evidencia la profunda crisis explicativa de la concepción estructuralista, la cual no logra dar cuenta de estas “nuevas” formas de acción.

disgrega en una pluralidad de opciones y las identidades colectivas se disuelven, agrupándose más en torno a esencias que debilitan la representación política, poniendo en entredicho el carácter representativo de la democracia (en el lenguaje de Luhmann: campos autorreferidos que sólo asimilan elementos externos en tanto funcionales a su lógica específica [*diferenciación funcional*]). Situación que obliga, como señala Alberoni (1981), a buscar respuestas y a distinguir entre *comportamientos colectivos de agregados y de grupos*, y la idea de que dichos *comportamientos colectivos de grupo* tengan un *significado integrador, que sea un proceso de reforma de la solidaridad degradada*.

¹⁵ Al respecto, es relevante considerar que no es lo mismo el desarrollo de los NMS y/o el tipo de luchas y acciones sociales emprendidas en América del Sur, en general, y en Chile, en particular, en el interior del régimen militar, que las acciones llevadas a cabo en Estados Unidos en el seno de una democracia, donde se lucha por la ampliación de la ciudadanía y por los derechos civiles de las minorías; o en Europa, bajo la amenaza nuclear permanente y en sociedades cruzadas por crecientes procesos de ampliación de las autonomías políticas de la sociedad civil en un contexto democrático, o enfrentada a los efectos de crisis del capitalismo keynesiano y a la caída de los *socialismos reales*. Por ello, una de las principales tensiones que presentan estos análisis ha sido su recurrente actitud tendiente a encarar el problema como una suerte de proceso ahistórico; una historia al margen de la propia historia, circunscrita a cortos periodos, como por ejemplo al periodo del *régimen autoritario*, donde el análisis de los hechos es sustituido por el voluntarismo e interés ideológico político de una *historia oficial* —que calla lo que no le conviene—, o en un enjuiciamiento desde el lado de los vencidos, donde se amalgaman la mirada romántica y la argumentación en pos de catalizar responsabilidades y mutuas culpas. Véase Baño, 1985; además Salazar, 1995, y Lechner, 1995.

Así, frente a la dificultad para comprender y/o explicar la traumática dinámica de la sociedad latinoamericana, signada por el autoritarismo y por ideologías *neoconservadoras* de finales de los años setenta, y ante la crisis del paradigma marxista, agravada en países donde la izquierda fue silenciada por los militares, se inició la búsqueda de un nuevo sujeto para las ciencias sociales, remplazando los estudios de clase por los relativos a los sectores populares y a los *nuevos movimientos sociales*. De este modo, se propuso entonces sustituir el paradigma de las clases sociales por el de *movimientos sociales*, en un contexto de crisis generalizada de los paradigmas en la teoría social.

Es por ello por lo que en la teorización sobre los *movimientos sociales* se aludirá constantemente a expresiones de la dinámica de la sociedad civil en el nuevo contexto; como una dimensión de la totalidad, pero diferente de la sociedad política y, evidentemente, del Estado militar, dado que el énfasis está puesto en la importancia de la vida cotidiana.¹⁶ Así, Alain Touraine dirá que lo que opone el concepto de MS al de clase es que ésta puede definirse como *situacional*, mientras que el movimiento es la clase sujeto, es decir, que tiene una dinámica propia y activa. De ahí que uno de los principales desafíos que se ha presentado para el tratamiento metodológico de estos "nuevos" actores colectivos, como señala Daniel Camacho (1989) es su carácter heterogéneo y local.

Estas diversas *emergencias* y la fuerza con que instalan sus manifestaciones en el seno de la sociedad generan tensiones, problemas de conceptualización y definición teórico-políticas, volviendo incómoda su caracterización. Así, podemos encontrar movimientos de tipo clasista, de sectores identificados por su inmersión en una actividad económica diferenciada, pluriclasistas, gremiales, populares, de grupos hegemónicos, clásicos o nuevos.¹⁷

No obstante, independientemente de la conceptualización usada, la mayoría de los autores parten, por lo general, del supuesto teórico de que estos movimientos *portan algo nuevo* y de la exaltación de sus capacidades transformadoras. Sin embargo, y en relación a este aspecto, es importante destacar que no está del todo claro si hay en los llamados *nuevos movimientos sociales* algo significativamente nuevo o sobre la relevancia teórico-política que estaría implícita en estas innovaciones.¹⁸

¿Qué sería lo nuevo y cuáles son las orientaciones fundamentales sobre las que giran estas formas de acción colectiva, especialmente en el caso de Latinoamérica?

¹⁶ Sociedad civil no en el sentido liberal autoritario, es decir, no como ámbito de acción controlada por los sindicatos, los partidos políticos o las organizaciones sociales, ni como el espacio de la masa inestable y lábil, sino más bien como el reino de la acción voluntaria privada. Al respecto véase Gramsci, 1975.

¹⁷ Camacho, 1986. Cuando hablamos de la *emergente diversidad*, estamos aludiendo a una de las características sobresalientes de los NMS, su heterogeneidad, y a lo conflictivo que resulta, a la hora de conceptualizarlos, hablar de una nueva identidad. Hecho que no niega su existencia, pues como indica Cohen (1985), el problema deviene más bien en una cuestión metodológica, es decir, qué es lo que estamos entendiendo cuando hablamos de estas manifestaciones.

¹⁸ Cohen (1988:4) se pregunta si este tema está "asociado con las nuevas identidades, formas de organización y escenarios de conflictos más allá de los sueños revolucionarios, o de la lucha sociedad contra Estado".

Movimientos sociales: lo viejo y lo nuevo

En las distintas visiones teóricas sobre la acción social, predominantes hasta la década de los setenta, se compartían algunos principios generales tales como, distinguir entre dos tipos de acción social colectiva: *a) institucional-convencional*, y *b) no institucional-colectiva*; este último se caracterizaba por no estar orientado por las normas sociales vigentes, sino por ser una respuesta a cambios estructurales (desarticulación del control social, inadecuación de las normas, etc., Cohen, 1988).¹⁹ Es decir, conductas colectivas que se manifiestan como producto del descontento y la frustración, que iban desde la acción espontánea y efímera de los actores hasta la constitución de movimientos sociales anclados en el espacio público.

En la actualidad, para algunos teóricos sociales, una de las primeras consideraciones para ubicar a estas manifestaciones de la sociedad civil que vuelven a emerger, es decir, a los *movimientos contemporáneos* (MC) o los NMS, está dada por la *autoconciencia* (Cohen, 1988) de que sus identidades, fines y modos de asociación, en comparación con la participación política popular tradicional y con la *izquierda histórica* son esencialmente nuevos y, evidentemente, responden a escenarios histórico-sociales distintos a aquellos en los cuales se desarrolló el movimiento de carácter clasista. Dicha diferencia está marcada por el hecho de “que los nuevos actores sociales no determinan su acción en relación a la pertenencia a una clase económica”,²⁰ como históricamente sucedía. Por el contrario, en el caso de América Latina los actores emergentes parecen provenir, entre otros, de los sectores de clase media (depauperados o marginados, producto de las *revoluciones de refundación capitalista*).²¹

Estos *nuevos movimientos*, como procesos de construcción de identidad colectiva, que se desarrollan fuera de los ámbitos institucionales y por los cuales se dota de sentido a la acción individual y colectiva, estarían elaborando una lectura crítica de la nueva estructura socioeconómica que emerge en América Latina (Revilla, 1994). Empero, los nuevos actores parecen no buscar el retorno a una sociedad indiferenciada, libre de todo poder, sino más bien, la *democratización de las instituciones sociales*. Y en esta lucha, como indica Cohen, están presentes sus propias limitaciones que impiden que la “autonomía, la pluralidad y la diferencia” se pierdan como principios formales e igualitarios

¹⁹ El “cortecircuito” smelseriano: conductas colectivas de carácter anormal o irracional.

²⁰ Los movimientos sociales se separan de las concepciones clásicas de la izquierda, es decir, del carácter necesariamente revolucionario de ésta (Cohen, 1988:5).

²¹ En el continente, las medidas aplicadas por los militares para equilibrar los desajustes económicos generados por la recesión, la consecuente jibarización del Estado, la cesantía generada por el bancaroto del parque industrial, los coletazos de la crisis del *welfare state*, produjeron una gran masa de desempleados o trabajadores vinculados precariamente al polo más subdesarrollado de la economía interna en los respectivos países (economía informal), situación descrita desde distintos ángulos por M. A. Garretón, T. Moulian, J. J. Brunner, A. Torres, A. Cueva, entre otros. Además, en el fondo, como señalan Camacho y Menjívar, el pueblo sigue siendo definido en relación con una categoría socioeconómica. Éste es el fundamento de la concepción que define al pueblo como el conjunto de grupos sociales que sufre la explotación y la dominación, pues aunque el pueblo no puede estar constituido únicamente por las clases explotadas y oprimidas, las contradicciones de clase son su última determinación (Camacho, y Menjívar, 1989).

de la democracia formal (Cohen, 1988:8), pues “la idea de la acción colectiva de los movimientos contemporáneos es la promoción y creación de espacios públicos democráticos, en un intento de transformar y reorganizar la democracia formal y la economía, sin perseguir la revolución” (*ibid.*).

En este escenario, la lógica organizativa del actor social se va a orientar hacia la creación de asociaciones de carácter horizontal, semiestructuradas de democracia directa, vinculadas estructuralmente a los espacios locales y a las cuestiones que se deben resolver. Ello, utilizando, como señala Salazar, la “experiencia” y “el saber hacer”, como capital humano que genera formas nuevas de comunicación e identidad colectiva, *el cual posibilitaría contraponerse a la desintegración del tejido social*. (Salazar, 1990).

Sin embargo, debemos tener presente que

[...] al definir la agenda global de la teoría de los movimientos sociales [...], a pesar de las contribuciones de los teóricos europeos a nuestro entendimiento del problema de la formación de actores y de los estadounidenses a nuestra comprensión del problema de la coordinación social, el problema de la estrategia política permanece fuera del alcance teórico de ambas escuelas (Munck, 1995). Es decir, no se considera el problema del porqué se plantea la movilización y de cuáles son las causas de que en un determinado momento surjan este tipo de manifestaciones.

El paradigma de la movilización de recursos PMR (noción estratégica)

La noción de estrategia o paradigma de la movilización de recursos sobre los movimientos sociales, está centrada en los actores y se ha desarrollado en Estados Unidos. Articula la noción de estrategia a través de los escritos de teóricos de la movilización de recursos, que conciben a estos movimientos en términos del problema de la acción colectiva propuesta por la teoría de la elección racional, donde la solución al conflicto entre las iniciativas de los actores privados y los poderes públicos consiste en restablecer un juego de competencia que coloque a cada ciudadano delante de sus responsabilidades (Buchanan, 1989).

Para los teóricos de la Escuela de la Elección Pública, quienes se esmeran en aplicar los principios explicativos de la teoría económica en los estudios de la ciencia política,²² la conducta individual y social es explicada a partir de la diferenciación entre *comportamiento racional e irracional* en función de la maximización de la utilidad lograda por parte del individuo.

Una óptica moderna al respecto sugiere que el sujeto es capaz de clasificar y ordenar *transitivamente* todas las combinaciones de bienes y servicios a su alcance. De esta forma, el individuo es racional cuando *elige más en vez de menos* y cuando es consecuente

²² Para ellos la estructura de la elección colectiva es igual a la estructura de la elección individual. Suponen que la racionalidad política (individual) es un reflejo de la racionalidad económica (individuos egoístas que sólo buscan maximizar la utilidad). En esta lógica la sociedad es considerada como una serie de intercambios entre los individuos, en la cual todos ganan (*juegos de suma positivos*: redistribución de un bien público vía negociación).

en sus elecciones (Buchanan, 1993). Es decir, un individuo que en sus relaciones sociales busca maximizar sus intereses e imponer sus opciones sobre los demás; un calculador que busca aumentar sus ganancias disminuyendo costos en su interacción. Mayores ganancias que se pueden expresar en más poder, más prestigio, más acumulación de dinero, ampliación de seguridad, etc. Dicha concepción percibe al individuo como *actor de su historia personal* y no un puro producto de la socialización. Es un individuo seguro y que se impone límites, que acciona en lugar de someterse.

En la misma lógica, Mancur Olson (1971) se ha constituido, al respecto, como el punto de partida obligado de la teoría de movilización de recursos y de la lógica de la acción colectiva. Olson plantea un complicado “razonamiento que establece una cadena continua entre la estructura social, la definición de intereses, la conformación de grupos y organizaciones y, finalmente, formas de acción colectiva” (Tanaka, 1994). Este razonamiento privilegia el estudio de los movimientos sociales en términos de individuos que comparan estratégicamente los costos y los beneficios de su participación en la acción colectiva y de cómo enfrentar el problema del *free rider* (oportunista).²³

En una lectura que rompe con la lógica propuesta por Olson, Sidney Tarrow sugiere que el problema de la acción colectiva es un problema social y no individual, pues gira sobre la coordinación necesaria para resolver el problema de los costos de transacción (*transaction cost problem*). En otras palabras, el problema no es tanto el de pasar de los costos individuales a la participación en acciones colectivas, sino el de conseguir que los individuos que ya forman diferentes grupos y organizaciones actúen de manera ininterrumpida por un fin común. El estudio de los movimientos sociales, por lo tanto, se centra en la tarea de descifrar cómo los organizadores de éstos usan una serie de recursos para solucionar el problema de la coordinación social (Cohen, 1988).

Otro punto importante tiene que ver con la oportuna distinción que establecen McCarthy y Zald (1977:569) entre lo que sería un *movimiento social* (un conjunto de opiniones y creencias de un grupo de la población) y *organización del movimiento social* (organización formal que se identifica con y se moviliza por las preferencias del movimiento social). Tales categorías permiten observar con claridad la lógica de las orgánicas en torno a las demandas de los movimientos sociales y constatar que éstas nunca los representan de manera íntegra ni los agotan, pero son limitantes en tanto no superan la visión economicista del cálculo costo-beneficio.

Martín Tanaka ha señalado otro aspecto vinculado con los aportes de Charles Tilly (1978), quien complejiza sustancialmente el modelo básico de movilización de recursos, llevándolo hacia los límites de una racionalidad individual. Tilly analiza los movimientos sociales a partir de un modelo basado en la interacción de los actores entre sí y con el Estado²⁴ y una racionalidad estratégica de los mismos. Los movimientos son el

²³ Un “individuo racional” no participará en conseguir un bien indivisible, accesible a todos, porque nadie puede excluirlo del disfrute de ese *bien común* una vez que se ha conseguido. Lo racional es ahorrar energía.

²⁴ Estado como un actor más, pero a su vez como un espacio para la interacción de otros actores.

resultado de una movilización de recursos tanto materiales como inmateriales (simbólicos), incorporando al análisis la solidaridad grupal y *las redes de interacción social* a las que pertenecen los sujetos. Así, las movilizaciones populares y sus diversos tipos se explican tanto por los recursos y organizaciones disponibles como por el escenario de interacciones moldeado por la acción del Estado. Esto posibilita entender cómo se gesta la acción colectiva, atendiendo a variables que responden a dimensiones estructurales e históricas.

Aun considerando estos últimos aportes, podemos señalar en resumen, que en esta perspectiva los movimientos sociales son estudiados como una mera manifestación estratégico-instrumental, en términos de individuos que comparan los costos y los beneficios de su participación en la acción colectiva sin lograr dar cuenta de cómo sujetos racionales y egoístas pueden comprometer sus recursos y habilidades para construir actores colectivos y tampoco de cómo mantener la colectividad ideal si sólo se busca el interés individual.

El paradigma orientado hacia la identidad (POHI)

En la Europa de los años sesenta, el interés en los movimientos sociales estuvo ligado al análisis de las clases sociales, que por entonces empezaba a ser cuestionado por los teóricos sociales, de la misma forma en que estos movimientos criticaban a los partidos políticos por ser demasiados convencionales y anticuados (quizá la visión que mejor retrate este juicio sea la del Mayo parisino de 1968) (Wallerstein, 1988).

Aunque estos enfoques van a seguir simpatizando con las dimensiones neomarxistas que destacan la interpretación de la conciencia, la ideología, la lucha social y la solidaridad respecto a la acción colectiva, al observar a los movimientos sociales se alejarán sustantivamente del análisis marxista de las contradicciones estructurales.

Así, Alain Touraine señalará que un movimiento social constituye su identidad dentro de la estructura de conflicto de una sociedad particular, pues “en los casos específicos que proveyeron referentes empíricos para la teoría de los movimientos sociales de los europeos, por ejemplo, los NMS, serán vistos como actores que expresaban la estructura de conflicto de la emergente sociedad postindustrial” (Munck, 1995:21). Este tipo de análisis pone el acento en el sentido en que los actores están estructuralmente constituidos y de cómo deben ser entendidos. Primero, en términos de la estructura de conflicto de la sociedad y segundo, en términos de las estrategias que estos actores escogen.

Para Touraine los movimientos sociales son interacciones normativamente orientadas entre adversarios que poseen interpretaciones conflictivas y modelos societales opuestos acerca de un campo cultural compartido (Touraine, 1981:31-32). Insiste en la objetividad de un campo cultural compartido por los oponentes, de ahí que rechaza la idea de centrarse exclusivamente en la formación de identidad, “pues por ese camino se tiende más bien a abandonar el mapa de los movimientos sociales”. Igual postura asume frente a los enfoques exclusivamente estratégicos (medios-fines). Para aclarar la diferencia entre conductas defensivo-estratégicas y el concepto de movimientos

sociales, Touraine plantea una distinción analítica entre el “patrón de desarrollo” de una sociedad (eje diacrónico) y sus modos de funcionamiento (eje sincrónico). Las relaciones sociales y el *sistema de acción histórica* (procesos conflictuales por los que son creadas las normas, las instituciones, los patrones culturales y disputas entre actores sociales) son vinculados en la dimensión diacrónica, de ahí que el tipo de movimientos sociales que interesa a Touraine es el que se inscribe en la lucha respecto a los patrones culturales involucrados en el funcionamiento de la sociedad (sincrónico).

En este modelo, las disputas contestatarias entre los actores son entendidas en términos culturales y normativos, ya que aunque integra dimensiones de los conductistas colectivos, rechaza las tesis de la desarticulación como explicación de la acción colectiva. Tampoco el movimiento social es visto como anormal y, por último, las orientaciones culturales de una sociedad (su estructura de conocimientos, tipo de inversión e imagen de la relación hombre-naturaleza) son vistas como hechos dados disputables.

Touraine concibe a la sociedad como el “producto cambiante, inestable y flojamente coherente de las relaciones sociales, la innovación cultural y los procesos políticos” (Touraine, 1982:220), es por ello que el sentido de la acción colectiva debe entenderse como acción referida a la capacidad de las sociedades humanas para desarrollar y alterar su propia orientación, es decir, para generar su normalidad y sus objetivos.

En general, para los teóricos del POHI, la lógica de la interacción colectiva implica algo más que la racionalidad estratégica o instrumental, ya que el proceso de formación de identidad involucra demandas no negociables. En este sentido, Alexandro Pizzorno²⁵ señala que “la lógica de la formación de una identidad colectiva involucra la participación directa de los actores y la exclusión de la representación”, e identifica la lógica de afianzamiento del actor colectivo nuevo, aún no reconocido, como acción colectiva expresiva, estableciendo así una dicotomía entre actores sociales que están surgiendo en busca de identidad y reconocimiento. Es decir, un NMS cuya característica es la acción expresiva, las demandas universalistas y no negociables y la participación directa, y otros actores colectivos ya reconocidos (sindicatos, partidos) los cuales se guían por la lógica estratégico-instrumental. Así, “cuando la nueva identidad colectiva es reconocida como parte de un nuevo sistema de representación, pasa de lo *expresivo participativo* a lo *instrumental representativo*”.²⁶

Entonces, más allá de la función expresiva de afianzamiento de identidad y de la heterogeneidad de los NMS está el involucramiento de actores que se han hecho conscientes tanto de su capacidad para crear identidades como de las relaciones y de los recursos de poder comprometidos en su construcción social.

²⁵ Citado por Cohen, 1988 p. 25.

²⁶ Cohen, 1988, p. 25. Punto bastante confuso de la teoría, pues si todos los movimientos sociales pasaran por este “proceso evolutivo”, sin considerar la necesidad de la función expresiva para mantener una identidad (ritos, ceremonias, etc.); el paso desde la acción expresiva y no institucional a la acción instrumental representativa, ¿qué habría de nuevo en las manifestaciones de estos movimientos y en la acción de sus actores?

De ahí que para Alberto Melucci la acción social sea concebida como la creación, consumo, intercambio y transferencia o redistribución de recursos entre grupos y sectores de una sociedad, siendo el recurso un valor reconocido por uno o más grupos. En la lucha por el control de esos recursos surge el conflicto social; así, “los procesos de cambio internos y las relaciones con el ambiente, hacen del movimiento una realidad articulada, compuesta, tejida de múltiples redes de pertenencia” (Melucci, 1986:97).

De esta manera, Melucci, siguiendo a Touraine (1995), distingue los movimientos sociales en: *a) movimiento reivindicativo*: aquel situado a nivel de la organización social, que lucha contra el poder que garantiza las normas y los roles. Este movimiento tiende a redistribuir los recursos y los roles. Su lucha, sin embargo, ataca las reglas de la organización y se sale de los procedimientos institucionalizados; *b) movimiento político*: el que actúa para transformar los canales de participación o para desplazar las relaciones de fuerza en los procesos decisionales. Su acción tiende a romper las reglas del juego y los límites institucionalizados del sistema, promoviendo la participación más allá de los límites propuestos, y *c) movimientos de clase* que constituyen una reacción colectiva dirigida contra el adversario para la apropiación, el control y la orientación de los medios de producción social. Evidentemente, enfatiza el teórico italiano, un movimiento de clase no se presenta jamás en estado puro (Melucci, 1986:75).

En síntesis, para estos teóricos el acento de la acción colectiva está puesto en los procesos culturales, simbólicos y de conformación de valores e identidades colectivas, pero sin contemplar el ámbito organizativo e instrumental y las relaciones de poder en el interior de los sistemas políticos y económicos en que se desarrollan dichas acciones.

No obstante, ambos paradigmas (PMR-POHI) asumen que los movimientos sociales implican algún tipo de disputa contestataria de comunicación y de recursos (como las que se desarrollaron principalmente bajo los regímenes dictatoriales en América Latina).²⁷ Ambos enfoques distinguen, además, dos niveles de acción colectiva: la dimensión manifiesta (protestas, movilizaciones, huelgas) y la dimensión latente de organización y comunicación presente en la base, donde el actor desarrolla su vida cotidiana. También e inevitablemente, en ambas concepciones teóricas los actores son reducidos por una parte a manifestaciones instrumentalista y por otra a manifestaciones expresivo-culturales de la acción social.

Pero, además, para el caso latinoamericano debemos tener presente el hecho de que no es lo mismo usar estas categorías analíticas para estudiar el desarrollo de nuevas formas de acción colectiva, luchas y acciones sociales emprendidas bajo el imperio

²⁷ La censura impuesta en Lisboa durante la dictadura de Salazar generó estrategias de comunicación y transmisión altamente originales por parte de los autores y de comprensión sobreentendida por parte del público, donde se fueron desarrollando actitudes hipercríticas y una duda generalizada frente a todo lo que se oía, leía y veía. Igual situación se constata en el Chile de los años ochenta, especialmente con los medios de comunicación audiovisual y algunos medios escritos (por ejemplo, Televisión Nacional de Chile, diarios *La Nación*, *El Mercurio*).

de las dictaduras militares, o compararlas con las acciones llevadas a cabo en la Europa postindustrial, cruzada por crecientes procesos de ampliación de las autonomías políticas de la sociedad civil en un contexto democrático, o enfrentada a los efectos de crisis del Estado de bienestar y a la caída de los *socialismos reales*, o en Estados Unidos donde se desarrollan luchas por la ampliación de la ciudadanía y por los derechos civiles de las minorías.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN CHILE

Los llamados *nuevos movimientos sociales*, su desarrollo y manifestaciones en Chile, resultarían incompresibles y poco significativos si en su análisis no contemplamos la reconstrucción del contexto histórico y social específico que antecede y acompaña su evolución, ya que el proceso de reestructuración política, económica, social y cultural iniciado por los militares se confronta con la presencia de formas particulares de reemergencia de la sociedad civil y de la acción colectiva bajo un régimen autoritario. Es el surgimiento de actores sociales que se van constituyendo paulatinamente en grupos articulados de acción, cuya característica central está dada por la heterogeneidad de su conformación, tanto desde el punto de vista étéreo como de su composición social.

Históricamente, Chile se ha caracterizado por ser un país con una sociedad homogénea, estatutaria y clasista, con espacios definidos para la reproducción de las jerarquías. Es una sociedad que desarrolló un sistema político y social altamente institucionalizado, con fuertes niveles de participación electoral y de educación. Posee rasgos de la sociedad burguesa europea; es decir, un sistema de democracia liberal y representación de clase, marcada por una cultura estatutaria donde predomina lo privado (circulación de élites) y donde el papel de las instituciones juega un papel fundamental. Aspectos de la cultura que se han presentado desde su constitución como Estado nación, y que quizás son, como señala Larissa Adler (1994), su rasgo más notorio.²⁸

A lo largo de varias décadas (prácticamente en toda su vida republicana), el sistema político-social mantuvo un alto nivel de “estabilidad y continuidad”, como elemento altamente distintivo entre los países de la región. Incluso los procesos de lucha política de clase, que por momentos se torna aguda y marcada por fuertes confrontaciones entre los pujantes sectores populares representados por los partidos de izquierda (Frente Popular: 1938-1946; los movimientos de clase, organizaciones obreras-CUT) y las clases dominantes (oligarquía terrateniente, empresarios), son expresión precisa de las condiciones en que estas clases debían disputar/ejercer su hegemonía. (Campero y Valenzuela, 1984; Garretón, 1980; Moulian, 1978). Una disputa normada por arreglos institucionales, logrados merced a su capacidad de negociación, mediación y alianzas,

²⁸ Una autopercepción de sociedad institucionalmente estable: *la Suiza de América*. Recordemos que en Chile el problema de la *exclusión* será un problema de clase que no estará determinado por la cuestión étnica, como es, por ejemplo, el caso de Ecuador, Bolivia o Guatemala.

y a la consagración de un *Estado de compromiso*, en el marco de un régimen progresivamente democrático liberal, signado por un sello histórico de institucionalización. Así, los diferentes actores y grupos sociales dirimían sus conflictos en el marco del pacto interclasista que posibilitó el *Estado de compromiso* el cual, no obstante, va evidenciando cada vez más sus contradicciones y divergencias.

La coyuntura política 1970-1973 profundizó estas contradicciones y el resquebrajamiento total del *compromiso*, proceso que culminó el 11 de septiembre de 1973 cuando los militares, a través de un golpe de Estado, inauguraron un nuevo periodo en la historia nacional. Esta situación obviamente viene a desarticular y/o *congelar* las bases fundamentales de la antigua sociedad chilena, específicamente de la burguesía demoliberal participativa y de las organizaciones populares.

Sin embargo, a poco andar y tras los primeros años del régimen militar, resurgieron iniciativas políticas y de organización de los sectores populares y de algunos segmentos sindicales. La *recesión* y contradicciones económicas y sociales, las tensiones en el interior del aparato militar, la violencia sistemática ejercida contra la población y la crisis política que afectó al régimen, especialmente a partir de 1982, generaron un amplio rechazo por parte de los diversos sectores de la sociedad civil al que luego se sumaron, en forma íntegra, los partidos políticos.

Este proceso fue la manifestación del fracaso social del *proyecto militar* frente a su incapacidad para convocar en un espacio común a los diversos actores sociales y políticos, resultado de la disolución del consenso histórico que entre los años treinta y los setenta estuvo definido por la relación industrialización y democratización (Campero y Valenzuela, 1984; Campero, 1986).

Es en este marco, creado por las condiciones que impuso el régimen dictatorial, donde el *accionar colectivo* que surge entre los pobladores, grupos cristianos de base, grupos de derechos humanos, organizaciones de subsistencia (junto al sindicalismo tradicional) alude a la idea de un conjunto de recursos materiales que sirven de guía para diagnosticar un malestar y de elementos simbólicos que posibilitan proponer un nuevo orden, como alternativa a lo que se está cuestionando (Castillo *et al.*, 1988). De ahí que los esfuerzos defensivos y contestatarios que desarrollaron la mayoría de las organizaciones sociales y políticas se tornarán visibles y se realizarán a través de la dinámica de los "llamados" NMS. Movimientos que accionan en pos de objetivos estratégicos, que portan elementos que posibilitan identificarse, pero que además, se constituyen en el núcleo histórico de la tradición institucional y estatutaria chilena, cuyo análisis exige una perspectiva teórica que vaya más allá de la disyuntiva estrategia-identidad.

Como he demostrado, las limitaciones de enfoques teóricos parciales, que destacan, por una parte, la constitución de la identidad de un movimiento social y, por otra, la posibilidad de acción estratégica, aparecen "cuando nos aproximamos a los movimientos sociales como a un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio [...]", orientación que obliga a los fundadores u organizadores a actuar, tanto como actor comunitario,²⁹ como de acuerdo al cálculo costo-beneficio.

²⁹ Melucci, citado por Munck, 1995, pp. 30-31.

Por ello pensamos que al momento de reconstruir analíticamente las formas particulares en que se manifiesta el accionar social chileno sea conveniente tomar las nociones estratégicas de la movilización de recursos y los elementos vinculados a la noción de la identidad, pero además, recurrir al análisis de las relaciones de dominación que nos proporciona la teoría marxista, para desarrollar una perspectiva heurística con relación a los plus de cada enfoque, y aproximar así una conceptualización más operativa y real de los llamados NMS, o acciones colectivas que surgen en el periodo (década de los ochenta).

Esta aproximación, por sí misma, pone en tensión los aparatos teóricos metodológicos en relación con el proceso que se desarrolla y nos permite además considerar el problema señalado del *porqué se plantea la movilización y cuáles serían las causas del surgimiento de este tipo de manifestaciones*, cuáles son los *elementos simbólicos y culturales* que porta y las *dimensiones estratégicas* que desarrolla, ganando en riqueza contextual y rendimiento explicativo del fenómeno. Es decir, qué es lo que en Chile se puede conceptualizar, para ese periodo, como NMS y qué no, pero fundamentalmente si dicha conceptualización es pertinente.

Quizás, esto nos permita sostener que “nosotros [fuimos] los nuevos movimientos sociales”, para subrayar la idea del sujeto como portador de identidad, que se articula en pos de la consecución de objetivos a través de la movilización estratégica de sus recursos y *capitales* en una relación de dominación, y en una sociedad cuya estructura es fuertemente clasista y estatutaria como es el caso chileno (Evers, 1984:35).

Los “nuevos” movimientos sociales chilenos

Si los fundadores de un movimiento social emergen dentro de la estructura del viejo orden (sistema político, movimiento obrero, estructura de clase) como portadores de la visión de un nuevo orden y, en este sentido, la experiencia compartida que constituye al grupo como tal no ocurre en un vacío sino, precisamente, en el conflicto con el orden estructuralmente definido, entonces podemos sostener que el movimiento social nace con una identidad colectiva, a la vez que con una concepción estratégica en pos de lograr un objetivo y en un contexto de dominación estructural específico (*se funda para defender, expresar y oponerse en el caso de Chile*).

Como ha señalado Munck, es en la práctica de la acción estratégica donde se introduce esta tensión fundamental entre identidad y estrategia de los movimientos sociales que, de acuerdo a cómo lo manejen los actores, posibilitará o impedirá su pleno desarrollo. Entonces,

[...] la orientación hacia el cambio sólo puede ser realizada, en fin, mediante la adaptación entre la identidad del movimiento y una estrategia apropiada, pues lo que distingue a un movimiento social, a fin de cuentas, es que promueve una lucha sobre cuestiones de principios, de tal manera que su acción estratégica está siempre subsumida debajo de su

identidad o, en otras palabras, lo que mantiene una relación “consistente” entre su identidad y su dimensión estratégica.³⁰

Por ello el problema de la estrategia política de los movimientos sociales debe ser abordado en términos que trasciendan y superen el debate centrado en la contraposición de las nociones de identidad y estrategia y, más bien, la lógica del análisis debería centrarse en una conjugación de ambos componentes, ya que ocurre en un contexto de dominación y de particulares relaciones y conflictos de clase. Aunque Touraine nos advierte que el peligro eminente que confrontan estos movimientos al entrar en la arena político-institucional es la pérdida de su autonomía, pues *en este escenario, las consideraciones estratégicas abruma y empiezan a dominar las acciones del movimiento, dando como resultado que el movimiento social sea cooptado “desde arriba” y se convierta en una fuerza política populista* en la cual, a pesar de la continuidad en el componente organizacional, el movimiento social como tal deja de existir³¹ transformándose en un grupo que viene a definir su identidad en relación con el Estado o con un partido político (se casa, por decirlo así, con la estructura: se *aliena*). Pero, también la opción que privilegia puramente los rasgos identitarios o de principios y *objetivos no negociables* genera una tendencia a que el movimiento social se vuelva sobre sí mismo, transformándose en una *fuerza comunal o fundamentalista, de carácter esencialista*, que igualmente fracasa como movimiento.

Sin embargo, aunque los teóricos de los movimientos sociales se opongan al determinismo económico que entrañan las relaciones de producción y dominación, no pueden dejar de reconocer la existencia de estas relaciones económicas como inseparables de los conjuntos sociales que constituyen una estructura social. El mismo Touraine reconoce que las “clases y movimientos deben permanecer asociados, pues un movimiento social no es cualquier tipo de acción colectiva; no se refiere en particular a una crisis del sistema de procesamiento de los conflictos, sino que pone en juego las relaciones de dominación y, por tanto, las orientaciones culturales de la sociedad” (Touraine, 1995:17). Entonces, lo que interesa develar es el sentido y la relación de dominación que se da entre las clases, sin caer necesaria y/o exclusivamente en el componente de *cierta fuerza* social portadora de un sentido histórico.

Ahora, en el escenario que presenta una sociedad bloqueada institucionalmente por un *régimen militar*, como el caso chileno (1973-1989), la acción colectiva se caracteriza por un levantamiento pluriclasista, un conjunto de movimientos y organizaciones que han reconstituido sus identidades y creado otras, al calor de la lucha y la

³⁰ Munck, 1995, p. 32. En Santiago de Chile (julio 1985), existen 1 103 Organizaciones Económico Populares (OEP): pequeñas agrupaciones de individuos y familias que enfrentan colectivamente sus problemas de vida más inmediatos cubriendo aspectos no sólo de orden económico sino también de carácter social y cultural. El fundamento orgánico de las OEP es la solidaridad, cuyo objetivo es ser espacios, opciones de transformación social, resistiendo las duras condiciones existentes y al individualismo creado por la mercantilización de los diversos ámbitos de la vida social. Camacho, y Menjívar, 1989, pp. 551-552.

³¹ Citado por Munck, 1995, p. 35.

sobrevivencia. Portan objetivos estratégicos divergentes, pero llevan la marca de una cultura institucional que los empuja a alinearse nuevamente bajo las instituciones (partido, sindicato, bloque, alianza) para ser guiados o manipulados por una *contraélite* dirigente, en un accionar político en contra de las fuerzas que se han apoderado del Estado (Adler, 1994) (acción que vuelve a expresar en último término una confrontación [lucha] de clases).

De ahí que existe un error en la lectura sobre estas formas de acción colectiva que estriba en que, generalmente, la emergencia de la sociedad civil como movimiento social es por una parte sobrevalorada desde una perspectiva cargada de una gran dosis de ingenuidad y espíritu esencialista³² que cree ver en estos movimientos la vía para lograr la democratización y un nuevo camino hacia el socialismo³³ (Salazar conceptualiza las luchas de los movimientos populares como la forma *incremental* de ir ganado espacios de protagonismo y accionar como sector social, encaminadas a sentar las bases de un cierto *proyecto histórico popular* con pretensión de universalidad que tiene, necesariamente, que relacionarse con las esferas del Estado en una suerte de autonomía relativa, en un *entrar y salir* de esos espacios de acuerdo con principios programáticos de accionar, en una búsqueda de *humanización* del sistema social) (Salazar, 1990) y, en el otro extremo, una subvaloración táctica que entiende que ésta es la única expresión posible en ese tiempo y contexto (*la acción -transición- invisible*),³⁴ además de constituirse, en la práctica, en arma de negociación y presión frente a los militares en el poder.

Pero pensar la rearticulación de las acciones colectivas (NMS) en forma parcial, ya sea por su carácter estratégico (Garretón, Campero) o, con cierto énfasis optimista,

³² Concepción que se aproxima peligrosamente a las visiones mesiánico-populistas que tienen sus raíces en el historicismo romántico y que tienden a ver la identidad popular *per se*, como un *continuum* que recorre la historia, impermeable a las influencias de los sectores dominantes y que, además, supone un acatamiento de los sujetos pero nunca una aceptación o adecuación a los parámetros fijados por el sistema de dominación.

³³ La *violencia política popular* ha llevado a algunos teóricos sociales a reconocer en ella una cierta capacidad salvadora y emancipadora, pues, según estas visiones, la marginalidad y pobreza histórica de los sectores populares estarían a la base de las disrupciones colectivas (*reventones históricos*, Salazar, 1990) de carácter radical y violento, evidencia factual del cumplimiento de su misión histórica. Sin embargo “con demasiada frecuencia se habla del ‘proyecto’ de un movimiento cuando lo que se capta es únicamente su ideología (o la ideología del teórico que ‘(de)codifica’ el programa popular). Hay que reaccionar contra una confusión de este orden y subrayar que este término no debe introducir, en ningún caso, un análisis del sentido vivido del movimiento, reducido a la construcción necesariamente artificial de sus principios y sus valores” (Touraine, 1995:275).

³⁴ Actitud que responde, en parte, a la influencia europea que se había venido ejerciendo en los intelectuales chilenos desde inicios de los setenta. Influencia teórica cuya clave es la revisión crítica del marxismo, desarrollada en el viejo continente y cuya base fundamental son los trabajos de Touraine. Touraine hace escuela en Chile y son principalmente sus discípulos quienes después teorizarán sobre las formas en que emerge la sociedad civil bajo la dictadura: Garretón, Tironi, Campero. Además, durante la dictadura, como indica Lechner, la intelectualidad chilena elaboró la crítica y análisis en función de la discusión europea o norteamericana lo cual pudo distorsionar los esfuerzos por teorizar la práctica de los sectores sociales (Lechner, 1995).

como puro movimiento social de carácter identitario (Salazar, Garcés), dificulta el análisis, como señala Enzo Faletto, porque lo reduce y lo hace circular.³⁵

Pensar en movimientos guiados sólo por el cálculo estratégico o únicamente por la identidad, sin considerar las relaciones de clase en Chile es, cuando menos, ilusorio, pues a través de la historia la institucionalidad generada emana precisamente desde el Estado y se reproduce en la lógica social. Es el peso de la historia. (Y si hay algún sector que pudo desarrollar una lógica distinta ha sido la derecha; como queda demostrado en su capacidad de generar e instrumentar el proyecto neoliberal forjado durante la dictadura militar y consolidado con la *transición democrática*.)

Ambas perspectivas olvidan estos elementos y adoptan la categoría de NMS en un limitado intento por *recodificar* el movimiento clasista, institucional e histórico (como dirá Guattari: asignar nuevas formas a viejos contenidos), pues más allá de las acciones estratégicas o de los elementos de identidad que articulan la acción de la sociedad civil en los ochenta, es necesario describir y explicar cómo se concatenan estos elementos en la constitución histórica del sistema de clases y su lógica en dicha sociedad para alcanzar una comprensión sobre lo que paso con ellos. Es decir, cómo se articulan los *eventos históricos* (*acontecimientos* como el surgimiento de este tipo de nuevas acciones colectivas) con los *procesos históricos*. De otra manera, resulta inadecuado, particularmente para el caso chileno, hablar sólo en términos de identidad o estrategia de *nuevas* (o *viejas*) formas de acción social colectiva, o de NMS.

Emergencia del accionar colectivo popular en el periodo autoritario

Hemos hecho alusión a la relación sociedad civil, Estado y movimientos sociales y a la forma como en Chile se desarrolla históricamente la acción colectiva de esa sociedad; una sociedad cuya característica central está dada por la reiteración de su carácter débil o gelatinoso frente a las instituciones, pero fundamentalmente frente a un Estado fuerte y constituido y cuya racionalidad de acción colectiva está orientada y permeada por la lógica institucional y cuyo funcionamiento se relaciona con el partido, la iglesia, el caudillo o la comunidad constituida en un órgano colegiado, desde donde va construyendo también su identidad.

Estos elementos han determinado un particular tipo de organización social, clasista, con estructuras arraigadas y fuertes, con grupos cerrados y sistemas excluyentes y elitistas, de participación social restringida, donde el movimiento de masas tuvo como fundamento y representación una base obrera sólida y una relación permanente con los partidos de filiación marxista. Precisamente, la disputa que se desarrolló durante los últimos 60 años fue una disputa de clase, en la cual los sectores populares fueron ganando cada vez mayores espacios hasta conquistar el gobierno, pero siempre referidos dentro y por la institucionalidad.

Sin embargo, en los años posteriores a 1973 se puso de manifiesto una evolución de la estructura social generada fundamentalmente por el crecimiento de las categorías

³⁵ Enzo Faletto, *Comunicación personal*, Santiago de Chile, septiembre, 1997.

socioocupacionales más inorgánicas (informales) y por una considerable reducción de la actividad ocupacional formal: obreros industriales, proletariado agrícola, burocracia estructural y política. Así, los sectores que estuvieron en el origen histórico de los movimientos propiamente clasistas, que se correspondían con categorías centrales en la sociedad y que habían interpelado el poder del Estado y de las otras clases,³⁶ constituyéndose junto con el sistema político en *columna vertebral* de la sociedad chilena,³⁷ se disgregan y fragmentan. A pesar de ello y de sus efectos desorganizadores, la dictadura no logra configurar de modo diferente al actor asalariado. (Pues, independientemente de que haya habido una disminución cuantitativa y un traspaso efectivo desde el trabajo de *cuello azul* al trabajo de *cuello blanco* o al *trabajo sin cuello*, no podemos dejar de considerar que nunca antes como hoy tanta gente depende y vive de su trabajo, es decir, siguen siendo trabajadores, insertos ya no en la gran industria sino vinculados precariamente a una economía de servicios, o a los nichos de *informalidad* que ésta genera.)³⁸

Es por ello por lo que en los procesos de rearticulación las manifestaciones sociales encuentran una base en dicha matriz, y en tal sentido nos parece que Guillermo Campero da una clave interesante al indicar que la matriz de acción y de orientación histórica no logró ser cambiada por los militares, sino fue más bien *congelada*, y que al producirse ciertos espacios políticos ésta resurgió, si no intacta, preservada al menos en sus aspectos fundamentales.

En consecuencia, los actores históricos de clase no fueron destruidos o drásticamente recompuestos. Lo que ocurrió es que vieron reducida su base material de existencia y de reproducción y fueron empobrecidos, al mismo tiempo que perdieron el tipo de centralidad estructural que tuvieron un decenio antes.³⁹

Por ello, al considerar las condiciones socioestructurales en que emergen estos *nuevos* actores y movimientos sociales —que necesitan producir materialmente su existencia reproduciendo así un mundo común intersubjetivo enmarcado dentro de las estructuras de clases— podemos sostener que éstos se constituyen finalmente como

[...] un campo de relaciones sociales, donde están presentes el conflicto [de clases], las solidaridades, el cálculo, la organización, los recursos, los sistemas de creencias y de elaboración [de identidad], así como otros actores sociales y políticos que facilitan u obstaculizan el desarrollo de [su] acción (Tarrés, 1992:754).

³⁶ Campero, citado por Calderón, 1986.

³⁷ Instituciones políticas fuertes, de las cuales las organizaciones sociales en muchos casos surgieron en número importante, creadas y sostenidas por esta matriz (Garretón, 1984).

³⁸ Tampoco podemos olvidar que los principales sujetos de los procesos históricos se constituyen en el nivel de la estructura económica y de las relaciones de producción, cualquiera sea el tipo que éstas adopten (Anderson, 1996).

³⁹ Campero, citado por Calderón, 1986, p. 364.

Son movimientos nuevos y escenarios distintos, pero determinados también por el peso de una institucionalidad que los empuja a rearticularse bajo las formas históricas que constituyen el *ethos* cultural de esa sociedad, como señala Larissa Adler, donde están siempre presentes el imaginario obrero y el sistema político como canales naturales de participación y representación de la demanda popular. Quizás allí también se encuentra la clave y explicación del éxito que tuvieron las propuestas de consenso y liderazgo político de la *transición*. Tal vez por ello todo el mundo, desde la mismísima extrema izquierda, corrió a inscribirse en los registros electorales (¿sufragar para institucionalizar el proceso?).

¿Nuevos movimientos sociales?

Es, bajo las condiciones impuestas por el régimen militar, las cuales cotidianamente ponían en peligro la vida de los sujetos, que emergió y se reactivó la acción colectiva popular sobre la base de una experiencia histórica que se ha extendido y constituido por más de medio siglo, aunque generalmente desplazada o subsumida bajo la acción de los sindicatos y de los partidos políticos. Una reactivación *defensiva/expresiva* con la cual se intenta constituir un sujeto social colectivo para demandar el cambio en las reglas de exclusión que imponen los militares y terminar con su dominación. Accionar colectivo que generó y modificó las pautas de identidad y reconocimiento social en función de procesar un conflicto y hacer frente a las prácticas represivas del régimen dictatorial. Es un enfrentamiento entre dominadores y dominados, que buscan el cambio utilizando y movilizándolo diversos recursos.

Un accionar contestatario que con el correr del tiempo romperá sus círculos más inmediatos para instalarse en la escena pública, recuperando la tradición partidista evocativa pero también generando nuevas formas, discursos y manifestaciones que poco a poco van constituyéndose en el eslabón, el circuito, el canal directo por el que se conectaban la totalidad de las organizaciones populares y políticas, desde el sindicato a la *olla común*, de las universidades a las poblaciones, de la *Galería* al muro poblacional, institucionalizando *topos* que se transformaron en punto de encuentro obligado de sectores populares (peñas, talleres culturales en las poblaciones: *Eclósión*, *El Ajo*, *Pablo Neruda*, *Isluga*) y políticos (*Taller 666*, *Peña Kamarundi*, *Taller El Sol*).⁴⁰ Y, por supuesto, en la calle, *que vuelve a ser el espacio privilegiado de los conflictos sociales*.

Espacios donde la lógica de la acción política partidaria no engancha bien, evidenciando su creciente dificultad para representar y traducir las demandas de la acción colectiva popular a los formatos tradicionales del quehacer político, hasta que este tipo

⁴⁰ Y aunque la izquierda tradicional, y los partidos políticos seguirán usando la cultura en una relación instrumental, los sectores populares van aprendiendo traumáticamente a construir sentidos y símbolos propios, distintos del discurso oficial pero, también, distantes de la tradición ortodoxa, logrando articular voces disidentes en su propia geografía que, por un lado, impugna tanto el formato reglamentario del autoritarismo cultural como del militante ortodoxo y, por otro, va construyendo un tipo de identidad y de conocimientos que posibilita ir autonomizando cada vez más este tipo de manifestaciones (Richard, 1994:16 y ss).

de acciones conduzcan a la dictadura a una situación de crisis política, de la cual sólo remonta pactando con los partidos políticos una transición que, ajustándose al diseño de la Constitución escrita y aprobada por los militares, garantice a los partidos la conducción del proceso de transición, comprometiéndose éstos a su vez a contener y, eventualmente, desmovilizar a las fuerza sociales en acción y a respetar el “honor” militar.

Es un accionar colectivo popular, como forma de expresión política, que pone en tensión el análisis realizado por la teoría social chilena, cuyo cuerpo teórico utilizado en función del problema interpretativo, de conceptualización y representación en relación a las acciones colectivas populares o NMS no logra explicar las realidades de estos movimientos, pues es una teoría que no parte del reconocimiento del contexto propio y particular en donde las acciones se desarrollan, dificultando explicar el *por qué* y el *cómo* de la acción en el caso específico de la sociedad chilena, fundamentalmente por la utilización mecánica de cuerpos teóricos (estadunidense y europeo) los cuales no dan cuenta de las diferencias culturales, de los modos de organización, de las formas ideológicas y de los particulares sustratos sociales e históricos del sujeto popular chileno.

Pero, además, por ser una teorización que no estuvo ajena a las experiencias políticas de los teóricos que las elaboraron y cuyo rendimiento está estrechamente vinculado a concepciones políticas y estratégicas de la forma en cómo debía evolucionar el conflicto y la *transición hacia la democracia*, privilegiando teórica y prácticamente “lo político” por sobre el factor “social” que pudieran tener este tipo de acciones. Por lo cual, como es evidente, las respuestas dadas por teoría social, no fueron ni han sido las más adecuadas, no obstante, han resultado política y “consensualmente” eficaces.

Así, los estudios sobre los movimientos sociales en Chile, más que centrarse en la tarea de descifrar cómo éstos usan una serie de recursos para solucionar el problema de la coordinación social, destacaron la forma de adecuar la conceptualización eficientemente en relación con un ideario político (de la *transición, del momento político*). Esto queda de manifiesto, por ejemplo, en la perspectiva teórica de los discípulos criollos de Touraine, para quienes predominaron y siguen predominando las concepciones instrumentales y antiesencialistas, negándose tenazmente a reconocer la existencia de “movimientos sociales” por fuera de la centralidad institucional o al margen de la racionalidad política. Mientras que la ambigüedad, el empirismo ingenuo, el idealismo y esencialismo en la concepción del sujeto popular y de su homogénea diversidad representada en el “movimiento popular” ejemplifican, con Salazar, la pugna sobre la legitimidad de la teoría social, quien pareciera ser el único con la clave para descifrar y reconstruir la historia y “ciencia de lo popular”, situación que lo sitúa permanentemente en el borde del populismo académico, cuando no en una visión romántica, donde los sujetos de su historia trashuman en un incansable peregrinar por fuera de las estructuras y de las instituciones. Sometidos, traicionados, pero nunca con deseos de inclusión. Aunque claro, siempre a la espera *del* libreto para la acción.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Con la emergencia y desarrollo del accionar colectivo popular bajo la dictadura se dio inició a un debate teórico, casi apologético podríamos decir, que enfrentó y sigue enfrentando el estudio y análisis de estas manifestaciones como una lucha de paradigmas irreconciliables entre los científicos sociales criollos que apelan a una curiosa amalgama del *paradigma de la movilización de recursos* y los postulados touraineianos y aquellos que hacen del principio jerárquico de la comunidad social sobre el individuo el equivalente más genuino de la solidaridad (cuyo sustrato teórico está avalado por el *paradigma orientado hacia la identidad*).

Para unos las acciones colectivas populares serán vistas como movilización de recursos por fuera de las instituciones tradicionales (partidos políticos, movimiento obrero), en el seno de la sociedad civil y cuyos objetivos específicos involucran el despliegue de diversas estrategias y acciones de protesta y/o demanda. Para otros, la movilización colectiva se despliega por la disputa de un campo de acción histórico y en la búsqueda de identidad como afirmación de un derecho a la especificidad y la diferencia (jóvenes, mujeres, OEP y DDHH).

Durante los dos primeros años de la *transición democrática* se agudizó el desencuentro entre los sectores populares y los partidos políticos producto, entre otras cosas, del impacto político que ha tenido sobre las estrategias que viene instrumentando la clase política este tipo de conceptualizaciones y de la propia debilidad de la “acción en movimiento” para proyectar políticamente sus demandas. Esta situación de no integración al proceso democrático ha ido generando frustración en los sujetos populares, quienes habían apoyado las alternativas presentadas por la clase política partidista fundamentalmente porque pensaban, o imaginaban, que se iba a reconstruir el sistema político anterior al de 1973 inclusivo, industrializador y democratizante. Sin embargo, tropezaron con un sistema político que no reconstituye el canal histórico de representación de sus demandas.

En la actualidad, y con la consolidación de la *democracia política*, la acción colectiva popular “desapareció” del espacio público. Atrás quedaron los anhelos y expectativas de la “gente”. Las diversas organizaciones sociales populares se disuelven disgregando sus identidades colectivas y sentidos de pertenencia. Los grandes temas sociales de la *transición* (participación, DDHH, pobreza) quedaron “estructuralmente” limitados a la política de los acuerdos y los consensos. Un dispositivo muy bien montado en torno a las elecciones y a la transición donde la nueva “clase política” —hoy en el poder— aseguraba la sucesión en el gobierno y la certeza de reproducción del sistema. Se trataba de la constitución de un sistema político nuevo, montado sobre el diseño institucional que dejó trazado la dictadura. Un sistema limitado y excluyente.⁴¹

⁴¹ Un sistema político donde el principio que organiza al régimen político de democracia limitada son las “libertades” públicas y de mercado, pero al mismo tiempo, el control del Estado sobre la sociedad. (*Democracia electoral*, con leyes que impiden las representaciones proporcionales y que hacen la lucha electoral cada vez más difícil, por sus altos costos, conduciendo a un elitismo parlamentario, desde donde se articulan las concepciones “consensuales” que soportan a esta “nueva democracia”.)

Podemos decir entonces, parafraseando a Campero, que *los actores populares crearon las condiciones, crearon la cancha para jugar y luego jugaron los partidos políticos*. Es decir, la *transición democrática*—liderada por los partidos de la *Concertación Democrática*—deviene en un proceso continuo de desconocimiento de la acción colectiva popular por parte de los actores políticos, quienes definen estrategias para el país con total omisión de la participación de los sectores populares; pues creemos que el reconocimiento del movimiento social popular significa (ba) aceptar un actor social con capacidad de disputar, negociar y discutir los términos de dicha transición.

De ahí que en estos *sectores*, al no tener interlocutores ni en la esfera política ni en la esfera intelectual, se genere una suerte de vuelta atrás, de creciente apatía e “inmovilidad” social, de repliegue al espacio privado, o de volcamiento hacia el mercado, desapareciendo progresivamente del escenario social y político en un país que, al parecer, tiene *miedo de encontrarse a sí mismo*.⁴²

Por ello

[...] la transición a la democracia y el sistema de partidos políticos debilitó la organización, las formas de convivencia y expresión de los sectores populares al redefinirlos en el marco de una ciudadanía restringida (electoral), amparados por un marco teórico cuyo rendimiento práctico estuvo orientado en función de la eficiencia y legitimación de la oposición político-partidaria al régimen militar y no en función de las demandas de democratización y participación del actor popular.

Precisamente, una primera observación tiene que ver con la parcialidad del análisis y de los conceptos usados para interpretar la acción colectiva de los sectores populares en el Chile de los años ochenta. Una conceptualización fuertemente determinada en función de estrategias políticas opositoras al régimen y por marcos teóricos que no logran dar cuenta de las diferencias socioculturales, político-organizacionales e históricas del sujeto de estudio.

En segundo lugar, se constata que la transición democrática deviene en un proceso continuo de desconocimiento del accionar colectivo popular por parte de los actores políticos al definir estrategias y consensos para el país con total omisión de los sectores populares; ello debido a que el reconocimiento del movimiento social popular significaba aceptar un actor social con capacidad de disputar, negociar y discutir los términos y las demandas que debía contemplar el proceso.

Finalmente, es importante señalar que frente a la reconfiguración de las acciones sociales en el Chile de hoy, la reinstitucionalización de la democracia viene a romper, de alguna manera, los conceptos tradicionales tales como sujeto, actor, sociedad, co-

⁴² Proceso que va generando una traumática situación social y en donde dichos traumas serán más duros en la medida que haya ausencia de negociación social, es decir, en cuanto sean producto de decisiones que se circunscriben a pequeñas élites teórico-políticas, las cuales tienen por construir un *nos/otros* fundamentalmente funcional a la lógica política económica que ha asumido el Gobierno de la Concertación; la consagración del mercado y la economía a través de la constitución de ciudadanos cuyo rasgo de identidad central esté dado por el consumo, y donde el espacio de construcción de esa identidad sea el centro comercial: cómodo, limpio, ascético y virtual.

munidad, lo que obliga a pensar en nuevas formas de interpretar y analizar los procesos de sociabilidad y relación entre los sujetos urbano-populares y de construir un paradigma específico para la realidad que se quiere explicar, fundamentalmente ahora que el darwinismo social y el economicismo liberal están de moda.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler Lomnitz, Larissa, 1994, "Identidad nacional/cultura política: los casos de Chile y México", en *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, Flacso, México-Porrúa Editores, México.
- Agurto, I., M. Canales, G. De la Maza, 1985, *Juventud chilena: razones y subversiones*, ECO-FOLICO-SEPADE, Santiago.
- Anderson, Perry, 1996, "Balance del neoliberalismo: Lecciones para la izquierda", en *La izquierda ante el fin del milenio*, Cuadernos ARCIS-LOM, núm. 4, Santiago.
- Baño, Rodrigo, 1985, *De lo social y lo político. Un dilema clave del movimiento popular*, Flacso Programa Santiago.
- Barba Solano, Carlos, J. Luis Barros Hórcasitas, Javier Hurtado (comps.), 1991, *Transiciones a la democracia en Europa y América Latina*, Flacso México-Porrúa Editores, México.
- Beck, Ulrich, 1998, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós Editorial, Barcelona.
- Bell, Daniel *et al.*, 1974, *Industria cultural y sociedad de masas*, Monte Ávila, Madrid.
- Bell, Daniel, 1977, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Harper, Nueva York.
- Berger, Peter y Thomas Luckman, 1990, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Braudel, Fernand, 1989, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México.
- Buchanan, James, 1989, *Ensayos sobre economía política*, Alianza Editorial, México.
- Buchanan, James y G. Tullock, 1993, *El cálculo del consenso*, Planeta-Agostin, Barcelona.
- Calderón G., Fernando (coord.), 1986, *Los movimientos sociales ante la crisis*, UNU- CLACSO-IISUNAM, Buenos Aires.
- Camacho, Daniel, 1986, "Programa de Investigación Sobre Movimientos Sociales en Costa Rica", *Anales de Investigación 59*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Camacho, Daniel y Rafael Menjívar (coords.), 1989, *Los movimientos populares en América Latina*, Universidad de las Naciones Unidas-Siglo XXI Editores, México.

- Campero, Guillermo, s/f, *Los actores sociales y la clase política*, ILET, Documento de trabajo, Santiago.
- Campero, Guillermo, 1986, "Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿se constituyen movimientos sociales en Chile?", en G. Fernando Calderón (coord.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, UNU- CLACSO-IISUNAM, Buenos Aires.
- Campero, Guillermo, 1987, "Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar", en Eugenio Tironi (comp.), *Revista Propositiones* núm. 14, *Marginalidad, Movimientos Sociales y Democracia*, SUR Ediciones, Santiago.
- Campero, G. y J. Valenzuela, 1984, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno 1973-1981*, ILET, Santiago, Chile.
- Castillo, F., M. Garcés, J. Jiménez, J. Mena, S. Salazar, G. Sepúlveda (coords.), 1988, "Los movimientos sociales en el Chile de hoy: Nuevos rostros, nuevas voces", *Taller de Análisis de Movimientos Sociales y Coyuntura*, ECO, Educación y Comunicación, Santiago, enero (circulación restringida).
- Cavallo, Ascanio *et al.*, 1989, "La historia oculta del régimen militar", Santiago (fotocopia).
- Cavarozzi, Marcelo, 1977, "La etapa oligárquica de la dominación burguesa en Chile", Documento CEDES/G. E. CLACSO, núm. 7, Buenos Aires.
- Cohen, Jean, 1988, "Estrategia o identidad: paradigmas teóricos nuevos y movimientos sociales contemporáneos", tomado de *Social Research Rev.*, vol. 52, núm. 4, invierno de 1985, traducción de Ricardo Ulloa G., en J. Cohen, A. Touraine, A. Melucci y J. C. Jenkins, *Teoría de los movimientos sociales*, Cuadernos de Ciencias Sociales, Secretaría General, Flacso, San José, Costa Rica.
- De Certeau, Michel, 1996, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México.
- Elster, Jon, 1991, *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- Elster, Jon, 1993, *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Gedisa Editorial, Barcelona.
- Evers, Tilman, 1984, "Identidad: el lado oculto de los nuevos movimientos sociales", publicado originalmente en *Revista Novos Estudos CEBRAP*, vol. 2, núm. 4, abril, São Paulo (traducción de Ruben Olivera).
- Garcés, Mario, 1987, "Izquierda y movimiento popular: nuevas tensiones de la política popular chilena", en *Revista Propositiones*, núm. 24, *op. cit.*
- Garcés, Mario, 1997, entrevista realizada el 21 de agosto, Santiago.

- Garretón, Manuel A., 1980, *Procesos políticos en un régimen autoritario: Dinámicas de institucionalización y oposición en Chile, 1973-1980*, Flacso, Santiago.
- Garretón, Manuel A., 1984, *El proceso político chileno*, Programa Flacso, Santiago.
- Garretón, Manuel A., 1987, "Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile", *Revista Proposiciones 14, Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo*, SUR Ediciones, Santiago.
- Giddens, Anthony, 1995, *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio, 1975, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos Editor, México.
- Guattari, Félix, 1989, *Cartografías del deseo*, Francisco Zegers Editor, Santiago (traducción de Miguel D. Norambuena).
- Lechner, Norbert, 1994, "La (problemática) invocación de la sociedad civil", *Revista Perfiles Latinoamericanos*, Sede Académica de México de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, año 3, núm. 5, México.
- Lechner, Norbert, 1995, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marras, Sergio, 1998, "El poder sin rostro", *Diario La Época*, año 3, núm. 791, lunes 29 de junio, Santiago.
- Melucci, Alberto, 1979, *Sistema político, partiti e movimenti sociali*, Feltrinelli Editore, Milán.
- Melucci, Alberto, 1986, "Las teorías de los movimientos sociales", *Revista de Estudios Políticos*, Nueva época, vols. 4-5, octubre de 1985-marzo de 1986.
- Melucci, Alberto, 1986, "Las teorías de los movimientos sociales", *Revista de Estudios Políticos*, Nueva época, vol. 5, abril-junio, México.
- Moulian, Tomás, 1978, *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile (1970-1973)*, EDUCA, San José.
- Moulian, Tomás, 1979, "El futuro de la democracia en América Latina", Flacso, Documento de circulación restringida.
- Moulian, Tomás, 1983, *Democracia y socialismo en Chile*, Flacso, Santiago.
- Moulian, Tomás, 1997, *Chile actual, anatomía de un mito*, Editorial LOM, Santiago, Chile.
- Munck, L. Gerardo, 1995, "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", *Revista Mexicana de Sociología*, 3/95, IISUNAM, México.
- North, Douglas, 1984, *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Madrid.

- North, Douglas, 1993, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Olson Jr., Mancur, 1971, *The Rise and Decline of Nations. Public Goods and the Theory of Groups*, Schocken Books, Nueva York.
- Pereda, Carlos, 1994, *Vértigos argumentales. Una ética de la disputa*, Anthropos Editorial-UAM Iztapalapa, México.
- Revilla, B. Marisa, 1994, "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido", *Zona Abierta*, núm. 69, *Movimientos sociales, acción e identidad*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid.
- Richard, Nelly, 1994, *La insubordinación de los signos (cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis)*, Editorial Cuarto Propio, Santiago.
- Salazar, Gabriel, 1995, *Diplomado internacional de planificación social*, CEPAL-SUR, Santiago.
- Salazar, Gabriel, 1985, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*, SUR Ediciones, Santiago.
- Salazar, Gabriel, 1987, "Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad", *Revista Propositiones*, 24, *op. cit.*
- Salazar, Gabriel, 1990, *Violencia política y popular en las grandes alamedas*, SUR Ediciones, Santiago.
- Salazar, Gabriel, 1995, *Los pobres, los intelectuales y el poder: Chile 1989-1995*, Editorial PAS, Santiago.
- Tanaka, Ricardo, 1994, "Individuo y racionalidad de los movimientos sociales y la participación en América Latina", *Revista de Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. XII, núm. 36, México, p. 568.
- Tarrés, María Luisa, 1992, "Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva", *Revista de Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. X, núm. 30, septiembre-diciembre.
- Tarrow, Sidney, 1997, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tilly, Charles, 1978, "Repertoires of Collective Action", en *From Mobilization to Revolution*, Random House, Nueva York.
- Tironi, Eugenio, 1987, "Pobladores e integración social", *Revista Propositiones* 14, *op. cit.*
- Tironi, Eugenio, 1989, *¿Pobreza=Frustración=Violencia? Crítica empírica a un mito recurrente*, Working Paper # 123, The Helen Kellogg Institute for International Studies, Estados Unidos.
- Touraine, Alain, 1981, *The Voice and the Eye*, Cambridge University Press, Nueva York.

- Touraine, Alain, 1982, "Triumph or downfall of civil society", *Humanites in Review*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Touraine, Alain, 1987, "La Centralidad de los Marginales", *Revista Propositiones 14*, *op. cit.*
- Touraine, Alain, 1995, *Producción de la sociedad*, IISUNAM-IFAL, México.
- Wallerstein, Immanuel, 1990, "1968, Revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes" (1988), en Immanuel Wallerstein *et al.*, *El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*, Flacso México-Editorial Porrúa, México.
- Zamorano, Raúl, 1998, "De la dictadura militar a la democracia virtual", *Revista Encuentro XXI*, verano, año 3, núm. 10, Santiago.
- Zamorano, Raúl, 1977, "Racionalidad, racionalidad limitada e instituciones. Sobre el viejo problema del orden social", Flacso, México (mimeo).